

JOSÉ MANUEL GARCÍA-MARGALLO

Con la colaboración de Fernando Eguidazu

A portrait of José Manuel García-Margallo, an elderly man with white hair, wearing a dark blue pinstriped suit jacket, a white shirt, and a dark tie. He is leaning forward with his arms crossed on a light-colored surface. He is wearing a watch with a white face and a red, white, and blue striped strap on his left wrist. The background is dark and out of focus.

POR UNA
CONVIVENCIA
DEMOCRÁTICA

Una propuesta de reforma para adaptar
la Constitución al siglo XXI

Prólogo de Josep Piqué
Epílogo de Alfredo Pérez Rubalcaba

DEUSTO

Por una convivencia democrática

Una propuesta de reforma
para adaptar la Constitución al siglo XXI

**JOSÉ MANUEL
GARCÍA-MARGALLO**

Con la colaboración de Fernando Eguidazu



EDICIONES DEUSTO

© 2017 José Manuel García-Margallo y Fernando Eguidazu, c/o Thinking Heads

© Centro Libros PAFP, S.L.U., 2017

Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAFP, S. L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-2875-5

Depósito legal: B. 16.475-2017

Primera edición: septiembre de 2017

Preimpresión: pleka scp

Impreso por Black Print

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91.702 19.70 / 93.272 04.47.

Sumario

Prólogo, por Josep Piqué Camps	13
Mi querida España (o el porqué de este libro).....	19
1. Gobierno y liderazgo: lo que el mar nos enseña	25
La España constitucional, una historia de éxito	27
En tiempos de mar montañosa	28
Un proyecto de convivencia a largo plazo	29
Capear el temporal	31
Un gran consenso nacional	33
2. Un sismo llamado «globalización»	35
¿Por qué hablamos de sismo?	36
La <i>tercera ola</i> de la globalización	39
La crisis de las hipotecas basura	43
El trilema de la economía mundial: globalización, democracia y soberanía nacional	45
¿Sigue siendo el Estado-nación una institución necesaria?..	47
Un apunte sobre España	49
A modo de conclusión	52
3. En busca del himno perdido: la crisis de la Unión Europea	55
Los Estados Unidos de Europa en el horizonte	58
El manual de instrucciones: el «error» de Maastricht	61

Del Tratado de Maastricht a nuestros días	64
La situación de la Unión Europea hoy.	66
El «Informe de los cinco presidentes».....	69
El «Libro blanco» de Juncker.....	72
Mi idea de Europa.....	74
La cláusula europea en la reforma constitucional	76
4. Del arte de no perder el tren	79
La historia de España está llena de trenes perdidos	81
A favor del cambio	84
La reforma de la Constitución española	85
Reformas institucionales	86
Reformas estructurales	88
La educación: asignatura pendiente	91
De otras reformas institucionales.....	97
Los protagonistas del cambio	99
5. La cuestión territorial en la Constitución española.....	101
Una perspectiva histórica	103
¿Es España una nación?	105
¿Es España un Estado federal?.....	107
El Estado de las autonomías: la idea inicial	110
El debate constitucional	112
La consolidación del Estado de las autonomías	113
La autonomía: ¿derecho histórico o exigencia de libertad?	114
La reforma de la organización territorial	117
6. Lenguas cual campanas.....	119
España, una nación plurilingüe	121
¿Qué hacemos con la protección de las lenguas?.....	123
A pesar de eso, ¿tenemos un problema?	125
¿Qué podemos hacer?	127
7. Pecados capitales del sistema de financiación.....	131
¿Cómo funciona la financiación en los Estados federales? ..	132
¿Cómo delimitar las competencias de los distintos niveles de gobierno en un Estado complejo?	133
¿Cómo financiar las competencias de los distintos gobiernos?	135
El sistema de financiación de las comunidades autónomas..	136
Los pecados capitales del actual sistema de financiación ...	139

8. Un nuevo sistema de financiación	149
Principios básicos de los sistemas de financiación	151
Claves de un nuevo sistema de financiación	157
9. <i>Nihil novum</i>: España y Cataluña a través de los siglos	163
El hecho catalán y el fenómeno catalán.	165
Roma: allí empezó todo	166
La Edad Media: la historia avanza	167
La Edad Moderna: las primeras desavenencias conyugales	173
El siglo XIX: la economía entra en escena	176
El siglo XX: la tentación separatista	178
Por la convivencia democrática.	181
10. La cuestión catalana en tiempos recientes	183
La recuperación del autogobierno	185
La recuperación de la Generalitat de Catalunya	187
El Estatuto catalán de 1979	188
El concierto económico: una cuestión recurrente	190
La reforma del Estatuto catalán	191
La cuestión de la soberanía en el Estatuto de Cataluña de 2006	193
La enmienda a la totalidad que nunca existió	195
Recurso de inconstitucionalidad contra el Estatuto catalán	196
La sentencia del Tribunal Constitucional 31/2010	197
La ruptura del orden constitucional: la resolución del 23 de enero de 2013 del Parlamento catalán.	199
La consulta del 9 de noviembre de 2014, o el proceso de participación ciudadana	200
<i>Sostenella y no enmendalla</i> : la resolución de 9 de noviembre de 2015 y otras de similar tenor	203
Y ahora, ¿qué?	205
11. ¿Sería Cataluña un Estado independiente reconocido por la comunidad internacional?	209
La importancia de cumplir con el principio del Estado de derecho	211
Ninguna Constitución reconoce el derecho de secesión.	213
Tampoco la comunidad internacional reconoce un derecho de secesión	218
Principio de integridad territorial <i>versus</i> libre determinación de los pueblos	220
La exigencia de reconocimiento internacional como requisito para la existencia como Estado	222

El problema añadido de la imposible pertenencia a la ONU	225
El escollo final está en la Unión Europea	227
El mito de la «ampliación interna» y de la flexibilidad de la Unión Europea.....	229
12. ... <i>E la nave va</i>: España, Cataluña y la Unión Europea...	235
España en la Unión Europea.....	237
Qué pasaría con una hipotética Cataluña independiente....	237
Las razones que esgrime el independentismo, y sus contrargumentos	240
Conclusión: ... <i>E la nave va</i> ..., sin Cataluña	251
13. Aviso para navegantes: el problema de la deuda en Cataluña	253
El problema de la deuda, a vista de pájaro	254
La situación de la deuda en Cataluña	258
La respuesta del Estado a la deuda autonómica	261
El impacto de las medidas de liquidez en Cataluña	263
14. La verdad sobre las balanzas fiscales	267
El origen del problema fiscal.....	268
La respuesta al « <i>Espanya ens roba</i> »	270
Qué es una balanza fiscal y para qué sirve	271
Otras cautelas metodológicas para no caer en trampas	273
Cálculo de las balanzas fiscales: los métodos de flujo monetario y carga-beneficio	275
Las balanzas fiscales ajustadas	277
La hora de los números	277
Reflexiones provisionales sobre las balanzas fiscales	279
Las cuentas territorializadas	281
15. La balanza comercial de Cataluña	287
Las relaciones comerciales de una Cataluña independiente con la Unión Europea	290
El comercio de una Cataluña independiente con las «otras» Españas.....	294
El comercio de bienes y servicios: conclusiones provisionales	297
El turismo	298
Inversiones extranjeras en Cataluña	299

16. La reforma de la Constitución (I): ¿por qué, cómo y para qué?	301
Algunas razones para reformar la Constitución española . . .	303
¿Cuáles deberían ser las premisas de la reforma de la Constitución española?	309
Límites materiales de la reforma constitucional en España .	313
El alcance (material) de las modificaciones determina el procedimiento (formal) de reforma constitucional.	317
17. La reforma constitucional (II): contenido posible de la reforma	319
El procedimiento condiciona el contenido	320
Introducción de una cláusula europea.	321
La reforma del Senado para su conversión en un cámara de representación territorial	326
La reforma del título VIII de la Constitución.	330
Sobre la eliminación de las disposiciones que han perdido su objeto	333
Sobre la supresión de la preferencia del varón en la sucesión al trono	334
Sobre la actualización del catálogo de derechos fundamentales	336
Reformas añadidas con incidencia específica en la cuestión catalana	339
Anexo. Propuesta de reforma de la Constitución española . .	343
Nota final: <i>sigamos la estoria</i>	407
Epílogo, por Alfredo Pérez Rubalcaba.	411
Agradecimientos	417
Bibliografía	421

Capítulo 1

Gobierno y liderazgo: lo que el mar nos enseña

Navigare necesse est, vivere non necesse.
(Navegar es necesario, vivir no es necesario.)

POMPEYO

Lo más avanzado de la nave, con lo que corta las aguas de la historia, es la proa, y la proa no está a babor ni a estribor, sino en el centro. Estado sin centro, nave sin proa.

SALVADOR DE MADARIAGA

¿Saben ustedes que las tres cuartas partes de nuestro planeta están cubiertas por agua? Siendo así, no me extraña que la vida del mar nos ofrezca metáforas recurrentes para casi todo lo que nos pasa estando en tierra. En este capítulo me propongo reflexionar sobre el concepto de liderazgo, y lo haré echando mano del medio que —junto con el político— mejor conozco.

Liderazgo es la cualidad que dimana del líder; y líder —lo dice la Real Academia Española (RAE)— es un barbarismo que procede a su vez del inglés *leader* («guía»). Así pues, el término «liderazgo» es ajeno a la tradición latina, y de ahí que a menudo nos cueste entender el concepto que hay detrás. Y, sin embargo, parece que todos entendemos lo que pasa en el mundo como una consecuencia directa de la presencia o de la falta de liderazgo. No

es raro oír, por ejemplo, que el estancamiento de la Unión Europea (UE) obedece en gran parte a la falta de liderazgo, que Rusia esté boxeando por encima de su peso gracias al liderazgo de Putin o que en el norte de África y Oriente Medio se necesitan líderes fuertes para estabilizar países que están en la frontera del caos. El presidente estadounidense Donald Trump, ese personaje excesivo que está destinado a marcar nuestra época, parece vivir fascinado por este tipo de liderazgo, hasta ahora desconocido en Estados Unidos.

Será un ejemplo mucho más modesto que los anteriores, pero yo cada vez que me siento a la caña de un barco creo comprender en qué consiste el liderazgo. No olvidemos que, en inglés, *to lead* es a la vez «encabezar», «llevar» y «dirigir». Es un término que también los ingleses emplean en náutica para referirse a la parte del timón que antes entra en contacto con el agua, el *leading hedge*. Sinónimo de timón es —en castellano antiguo— la palabra «gubernalle»; y esta palabra es pariente directa de la palabra «gobierno». Liderar es, por tanto, fijar el rumbo y mantenerlo con firmeza. Liderar es gobernar. Y gobernar es dirigir.

Las reflexiones que incluyo a partir de aquí son, esencialmente, las mismas que se contienen en las cartas que dirigí al presidente Rajoy antes del XVI Congreso Nacional del Partido Popular, en Valencia, en 2008. En una de esas cartas, que reproduzco con la indulgencia del destinatario, le decía: «[...] debemos mover el partido hacia las zonas centrales del espectro sociológico para atraer al elector moderado. Eso exige matizar el discurso y modular el tono y, sobre todo, presentar alternativas a las políticas del Gobierno. La oposición radical y sistemática no es el mejor camino para ganar las elecciones». Hace ya varios años de aquel congreso, y tengo la satisfacción de decir que, hoy por hoy, el Partido Popular, al que pertenezco, es —con los límites y las imperfecciones que pueda tener— el mejor anclaje que tiene el votante español al centro del espectro político. O, dicho de otro modo, es el partido que más se parece a la mayor parte de los ciudadanos de este país.

Estoy orgulloso de haber formado parte, en los años más intensos de mi carrera política, de un partido que encarna aquello

por lo que toda mi vida he luchado, pues, como dije en mi libro *Todos los cielos conducen a España: cartas desde un avión* (Planeta, 2015): «[...] he sido un hombre de extremo centro desde que tengo uso de razón, así que siempre he procurado buscar un punto de equilibrio en mi compromiso político». Desde ese punto de equilibrio que siempre he buscado, y que a estas alturas de la película no creo que nadie pueda negarme, escribo estas reflexiones.

La España constitucional, una historia de éxito

El 6 de diciembre de 1930, José Ortega y Gasset escribía en el diario *El Sol* un artículo bajo el título «Un proyecto». Uno de sus párrafos me parece especialmente luminoso. Decía Ortega que «ante todo, es preciso que cuantos hombres haya de intención a un tiempo clarividente y honrada se esfuercen en peraltar el nivel donde ha de moverse la discusión y aun la lucha que el Destino, queramos o no, ha traído ahora sobre España». Con este llamamiento a la responsabilidad cívica, Ortega tomaba partido por lo que consideraba que era una labor de patriotismo inapelable ante un escenario político y social que, como luego se demostró, estaba inmerso en un proceso de cambio que exigía de cada español una apuesta por la sensatez y la altura de miras.

Creo que nadie discutirá que uno de los momentos históricos en el que los españoles supimos proceder con la altura de miras que Ortega reclamaba fue el de la Transición. Gracias a ese hecho, que no pocos califican de «excepcionalidad histórica» de nuestra vida constitucional, los últimos cuarenta años han sido los mejores que España ha vivido desde la Constitución de Cádiz de 1812. La norma fundamental que nos dimos en 1978, obra de todos y para todos, fue el triunfo de la concordia y la integración. Ése ha sido el fundamento en que se ha basado la transformación del país en las últimas décadas. España, además, ha conseguido en este periodo proyectar la imagen de un país políticamente estable, jurídicamente seguro, abierto al mundo y firmemente comprometido con la libertad, el Estado de derecho,

los derechos humanos, la solidaridad, el fomento de la paz, el respeto del derecho internacional y el compromiso con el multilateralismo.

En tiempos de mar montañosa

«El mar no tiene ni sentido ni piedad», decía Antón Chéjov. Lo mismo podría decirse del tiempo presente. En las últimas décadas tratamos de navegar en medio el proceso de internacionalización más acelerado, más global y más profundo que nunca ha experimentado la humanidad. *We ride the wave* («cabalgamos la ola»), como dicen los norteamericanos, haciendo uso de una expresión bastante más gráfica. Si los procesos anteriores afectaron casi exclusivamente a los países occidentales, hoy afectan a todos los países. Si antes eran procesos casi exclusivamente económicos, hoy la globalización permea todos los órdenes de la vida e influye decisivamente en la concepción de los derechos y libertades básicas, en el papel relativo de la responsabilidad individual y colectiva, en el protagonismo de la sociedad civil o en la pervivencia de la identidad cultural. Los cambios actuales son los más rápidos que la humanidad ha presenciado nunca. Sólo un dato: en los tiempos de la revolución industrial, el Reino Unido o Estados Unidos necesitaban casi cincuenta años para doblar su renta per cápita; hoy, China o India lo hacen cada nueve o diez años.

Los tiempos que vivimos son, además, tiempos de incertidumbre. El triunfo de Donald Trump parece preludiar una puesta en cuestión del orden mundial que ha dirigido nuestras relaciones a partir del final de la segunda guerra mundial. La salida del Reino Unido parece anunciar también una refundación de la Unión Europea (UE), distinta de la que hasta ahora hemos conocido. Nadie sabe qué sucederá en los próximos años. Lo que sí sabemos es que los partidos populistas, que, desde la derecha y la izquierda, ponen en cuestión el orden establecido, han tenido en las recientes elecciones unos resultados que nadie hubiese aventurado antes de la Gran Recesión. Mala señal...

Los acontecimientos que estamos viviendo no son sino una reacción a la globalización, cuestionada, sobre todo, por la crisis económica que empezó con el colapso de Lehman Brothers, la primera crisis de esta nueva etapa. A la decisión británica de autoexcluirse de la UE subyace el miedo de sus ciudadanos a que los trabajadores europeos les quiten sus puestos de trabajo. Se trata de la versión *made in UK* del fontanero polaco que tanto juego dio a la hora de dismantelar la Directiva del Parlamento Europeo y del Consejo, de 12 de diciembre de 2016, relativa a los servicios en el mercado interior, también conocida como «Directiva Bolkestein» sobre liberación de servicios. Del mismo modo, lo que ha llevado a Trump hasta la Casa Blanca es el miedo de cientos de miles de estadounidenses —tal vez la parte menos visible de la sociedad norteamericana— a que los emigrantes acaben con su nivel de vida o diluyan su identidad cultural.

Si a estos temores unimos la constatación de que la globalización ya no está impulsando el crecimiento global como ha venido haciéndolo desde 1980 y tampoco ha permitido reducir las desigualdades internas, nos explicaremos por qué el grueso de la ciudadanía vive sumida en un estado de profunda perplejidad, un profundo vértigo ante el cambio, un síndrome que ha dado en denominarse «déficit de futuro». Los jóvenes consideran que van a vivir peor que nosotros y que el ascensor social ya no llega al ático; los mayores dudan de que vayan a cobrar su pensión. El miedo y la incertidumbre espolean los populismos, porque, como decía Montaigne, «no hay cosa de la que tenga tanto miedo como del propio miedo».

Un proyecto de convivencia a largo plazo

En estos tiempos, que en términos marineros calificaríamos de mar arbolada, a menudo montañosa e incluso a veces gruesa, nos hace falta liderazgo, o, dicho sea en términos más castizos, gobierno. Sujetar bien el timón y poner un rumbo fijo. La política que el tiempo demanda no puede especular a corto plazo, no puede ni debe quedarse en la medianía de los sondeos o de las

encuestas de opinión. No puede ni debe ser, como decía Groucho Marx, «el arte de buscar problemas, encontrarlos, hacer un diagnóstico falso y aplicar después los remedios equivocados».

Si, como apuntaba el naturalista John Ray, del siglo xvii, «en mar calmado todos somos capitanes», en tiempos de tormenta como los actuales necesitamos líderes con proyectos serios, claros y capaces de concitar el entusiasmo colectivo. Tenemos ejemplos en el tumultuoso siglo xx: el New Deal de Roosevelt, la Nueva Frontera de Kennedy o la Tercera Vía de Blair. No olvidemos —aunque tal vez no nos guste— que el «*make America great again*» de Trump es, además de un eslogan eficaz, toda una declaración de intenciones que ha seducido a millones de norteamericanos. Más lejos en el tiempo, pero más cerca de casa, lo dijo muy bien Gregorio Marañón: «Los planes políticos de Olivares [...] eran dignos de sincera alabanza aunque no fuera más que por el hecho insólito de existir. Lo corriente entonces y ahora, en el político español, es que arribe a la responsabilidad del mando sin otro programa que ajustar las conveniencias del país al fluir imprevisto del azar de cada día» (*El Conde-Duque de Olivares: la pasión de mandar*, Espasa Calpe, 1965, p. 305).

Quiero aclarar que un proyecto de gobierno no es, ni puede ser, lo mismo que un programa electoral. La mayoría de los programas diseñados por los partidos para seducir al electorado no incluyen un diagnóstico de la situación ni se preocupan en distinguir entre lo que se puede y no se puede hacer. Un proyecto de gobierno significa mucho más que eso: es una visión de nuestra convivencia a largo plazo. Y eso no se puede hacer sin una idea clara de lo que está pasando en el mundo, y, sobre todo, sin una idea clara de tu país. Es decir, de su gente y de sus valores. Y del camino que ha seguido y ha de seguir para ser feliz, para ser grande, para ser reconocido, para reconocerse. Política con luces largas y mirando el horizonte.

Siendo distintos, todos los proyectos de gobierno tienen algo en común: siempre tratan de anticiparse a los tiempos y detectar los problemas que las encuestas no detectan. Me lo explicó muy bien François Fillon, el candidato del partido Los Republicanos a las presidenciales francesas de 2017, en un almuerzo en la resi-

dencia del embajador español en París. En su opinión, el gran acierto de De Gaulle fue anticipar que la segunda guerra mundial sería una guerra mecanizada y no una guerra de posiciones como la de 1914. Por eso se opuso a la construcción de la línea Maginot. El general supo ver también que la época de los imperios coloniales había terminado, y por eso concedió la independencia a los territorios franceses de ultramar, comenzando por Argelia. Supo, finalmente, que Francia estaba condenada a colaborar con Alemania para no perder protagonismo en el mundo. Y, redundando en De Gaulle, en un reportaje televisivo, Nixon confesó que este general francés le «había recomendado reconocer a la China Popular pronto, antes de que ese reconocimiento viniese dictado por la fuerza de los hechos y fuese visto como una expresión de debilidad por parte norteamericana». Y Nixon añadió: «Seguí el consejo».

La trayectoria de De Gaulle ejemplifica a la perfección lo que quiere decir Joseph Nye, el gran teórico del liderazgo, al decir que el papel de un líder no es tanto crear el cambio, como saber anticipar el momento en que el cambio es necesario. Es lo que Nye y otros llaman «inteligencia contextual».

Por más que no nos guste —y aunque pueda carecer de la perspicacia y el sentido de la oportunidad de un De Gaulle—, Donald Trump, como candidato, ha basado su estrategia en méritos similares: ha escuchado una voz de los ciudadanos corrientes que nadie había acertado a oír, y, lo que es más importante, ha sabido transformarla en propuestas concretas muy del agrado del ciudadano medio (Paul Ryan, presidente de la Cámara de Representantes del Congreso de Estados Unidos, *dixit*).

Capear el temporal

Sigamos con la metáfora marinera. Cuando se avista un temporal —todos los que tenemos el veneno de la mar metido dentro lo sabemos— hay tres actitudes posibles: no hacer nada y fiar la propia suerte al designio de los vientos (actitud optimista); meterse en el bote salvavidas y dar la embarcación por perdida (ac-

titud pesimista); o preparar el aparejo para sacar el mejor partido de los vientos intentando no atravesarse a la mar (actitud pragmática o realista). Parece evidente que la única de estas actitudes que ofrece opciones de salir indemne es la tercera.

Si pasamos de la mar a la política, eso quiere decir que ésta debe basarse en una sólida comprensión de la realidad y en un plan estructurado. Debemos excluir los actos de fe, y, desde luego, los personalismos. «La política no debe ser personalista, no puede reducirse al seguimiento ciego de un conductor o jefe, caudillo, *duce*, *führer*, gran timonel o simple cacique. Lo que debe ser es personal, realizada por personas y para personas, no abstracta», escribió Julián Marías en *Cinco años de España* (Espasa-Calpe, 1981, p. 120). En otras palabras, el liderazgo no puede ser un apriorismo, sino la consecuencia lógica de la llegada de alguien que, a partir de un diagnóstico certero de la realidad, sea capaz de coger el toro por los cuernos, de proponer cambios radicales para afrontar desafíos también radicales..., de la llegada de un líder.

Los líderes políticos que alumbraron los proyectos a los que me acabo de referir coinciden en algo esencial: subordinar sus intereses personales y los de su partido a los intereses de la nación. Lo dijo mejor de lo que podría decirlo yo Javier Fernández Fernández, presidente de la Comisión Gestora del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) en su discurso ante el Comité Federal el 16 de enero de 2017: «Lealtad a uno mismo, a tu partido, a tus votantes y a tu país; y, cuando esas lealtades entran en conflicto, siempre tienes que poner a tu país por encima de todo lo demás». Afirmación que comparto desde la cruz a la raya.

Lo que el presidente de la Comisión Gestora del PSOE propone es exactamente lo contrario de lo que hizo David Cameron, el ex primer ministro del Reino Unido, quien, con el fin de ganar las elecciones generales, se comprometió a convocar un referéndum de secesión en Escocia y otro de salida del Reino Unido de la Unión Europea (el llamado *brexit*). Por ahora, tras el «sí» en el referéndum, ya se ha iniciado el proceso del *brexit*; y es probable que veamos otro referéndum en Escocia y que, como ha señalado Henry Kamen, el Reino Unido regrese a las fronteras del año

1700. Todo ello para que, al final, el propio Cameron haya tenido que salir de su residencia de Downing Street por la puerta de atrás. Porque, como decía Machado, «en política sólo triunfa quien pone la vela donde sopla el aire; jamás quien pretende que sople el aire donde pone la vela».

Un gran consenso nacional

Los grandes proyectos políticos —por el hecho de serlo— suelen suscitar un gran consenso. Y al consenso quiero dedicarle unas palabras, porque fue el consenso lo que hizo posible la «Constitución de la concordia» y lo que permitiría ahora una reforma de esa misma Constitución que nos ha dado casi cuatro décadas de paz, convivencia y crecimiento. «Todos los constituyentes, en aras de aquel consenso básico orientado al establecimiento de un marco democrático duradero, hicieron importantes renunciaciones, incluso de posturas largamente defendidas a lo largo de la historia, para buscar puntos de encuentro capaces de superar viejos y endémicos conflictos» (Comisión Constitucional del Congreso de los Diputados, 20 de noviembre de 2002).

Los que hicimos la Transición sabemos bien lo importante que es conciliar intereses y evitar rupturas, pactar los límites del consenso y del disenso y crear, en definitiva, un clima social de respeto y entendimiento en las cuestiones básicas. Pero este deseo de consenso no puede confundirse con una falta de criterio o con la pretensión de satisfacer todas las aspiraciones que se pongan encima de la mesa por opuestas que sean. No es eso el consenso; es sólo la expresión de una ausencia de convicciones y una flagrante carencia de ideas de lo que somos y de lo que queremos ser en el futuro. Una cosa es un político tolerante y otra un político de plastilina. Un defecto muy posmoderno, por cierto, en la medida en que, como señala Jean-François Lyotard en una conocida frase suya, «el posmodernismo es acostumbrarse a pensar sin moldes ni criterios».

Y termino. En mitad de una tormenta, no es posible gobernar un barco sin el apoyo pleno y decidido de todos los tripulantes.

Para ir *per aspera ad astra* («hacia las estrellas a través de las dificultades»), uno de los lemas de la Armada española) es preciso que todos arrimen el hombro y pongan de su parte. Del mismo modo, para sacar adelante el gran proyecto de regeneración nacional como el que España necesita se hace absolutamente necesario dar participación a la sociedad en la gestión de la *res publica*. Si queremos adoptar las reformas que España necesita para adaptarse a los cambios que ha experimentado en los últimos años y para hacer frente a los desafíos que se avecinan, se requiere el apoyo de una gran mayoría de la sociedad. Lo decía Ortega en la frase que he citado al comienzo de este capítulo, y lo decía Anatole France, de manera más concisa aunque no menos clara, al asegurar que «sin ilusiones, la humanidad moriría de desesperación o...», lo que es peor, «de aburrimiento».

Hasta aquí mis reflexiones marinas sobre el liderazgo, que son válidas —si bien se mira— para todos los aspectos de la vida, porque, como dice Alessandro Baricco en su obra *Novecento*, «tal vez sea posible bajarse de un barco, pero yo le aseguro que es imposible bajarse del mar».